

Abrazo fax para Victoriano

Antonio Pereira

Fotografía Mauricio Peña

Nacido en la cabeza de Castilla, crecido y recrecido en el mismísimo corazón de León, admirado dentro y fuera de las fronteras, ¿quién mejor para esta recompensa que Victoriano Crémer Alonso? Estaba cantado, desde el día mismo en que se instituyó el Premio. Era una asignatura pendiente para quienes lo otorgan cada año.

El suceso feliz me llega a través de la distancia que impide el abrazo personal, pero Crémer tiene una fisonomía poderosa nunca desdibujada por la ausencia. Yo lo imagino, «Cabeza desbastada en piedra románica» -como lo retratará Gerardo Diego-, contento con esta nueva medalla, pero no conmovido hasta desatender la creación cotidiana y tenaz en su «gurugú». Lo pienso recibiendo y agradeciendo los plácemes, pero pronto desprendiéndose para caminar inquieto por las aceras de la ciudad yendo y viniendo del corazón a sus asuntos. Y lo veo a la hora no muy larga pero plácida de la tertulia -¡quién estuviera hoy en la mesa acogedora! convidando a café y copa (aunque la dotación del Premio de para más, y don Victoriano tendrá que explicarse con mayores manteles...).

Este Victoriano Crémer «no mira cuando le miramos / fijo desde el fondo del alma», y mi me parece leerle en los ojos la sabiduría de que el gran Premio se lo dieron hace ya años -nunca demasiados- al nacerlo poeta universal y total.

